

Ernesto Mejía Sánchez: la claridad y el ardid

Moisés Elías Fuentes

Retrato de Ernesto Mejía Sánchez



ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ murió el 29 de octubre de 1985 en Mérida, Yucatán, ciudad a la que se había retirado a reposar un poco de la enfermedad hepática que terminó venciéndolo, y que sin embargo no pudo, aun con lo agresiva e irremediable que fue, afrontar el fervor casi religioso que Mejía Sánchez profesaba a la creación literaria y a la investigación filológica, actividades ambas en las que alcanzó el virtuosismo, como también fue virtuoso en el arte de la amistad, no tan apegado a la hosquedad de carácter que se le achacaba, la que en efecto existió, pero que no fue perentoria como algunos han supuesto, como sí lo fue en cambio la sinceridad y la estabilidad de su afecto, como lo podrían testimoniar sus muy diversos amigos, comenzando con los que cultivó y cosechó en la nicaragüense ciudad de Masaya, donde nació el 6 de julio de 1923.

Tenía veintiún años en 1944, cuando decidió estudiar en la Universidad Nacional Autónoma de México la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, y de ese año en adelante pasó su vida en el extranjero, con estancias en España, Argentina y los Estados Unidos, pero principalmente en México, donde radicó la mayor parte de su vida fuera de Nicaragua y en donde forjó de manera definitiva la

vocación literaria y la filológica, mismas que le abrieron las puertas del mundo literario y del académico, porque en la Universidad de México fue catedrático indiscutido, si bien antipático al decir de unos, aunque también brillante y aun ejemplar, al sentir de otros.¹

Hombre contrastante, Mejía Sánchez osciló entre la feracidad con que emprendió la filología y la parquedad con que abordó la creación literaria, en específico la poesía y el cuento, en los que despuntó por su irrefutable talento, pero que no trabajó lo suficiente como para dejarnos una obra más amplia, sino tan sólo una muestra de su genio creativo, con lo que no digo que la literatura de Mejía Sánchez sea menor, sino que nos queda la sed de haber podido disfrutar más de ese ingenio fulgurante, cargado de humor lúcido, así como de ese enfoque crítico, disidente y sin concesiones de la vida íntima y de la vida social.

La obra creativa del nicaragüense fue una invectiva vital y aguda contra la hipocresía y la actitud acomodaticia de hombres y mujeres ante las limitaciones y opresiones que les impone la doble moral de las sociedades modernas, pero también una muestra de afecto y solidaridad para con aquellos y aquellas que protestan y desobedecen al ardid social con la claridad de la palabra, la que no puede utilizarse para tergiversar la realidad. Es la que desnuda y denuncia “A un poeta del régimen”:²

¹ Entre los denostadores del escritor y filólogo que nos ocupa hay varios intelectuales y académicos, tanto de México como de Nicaragua, y he escuchado de voz de más de uno su distanciamiento con éste, pero no es el caso mencionarlos aquí, pues no pretendo abrir una polémica ni mucho menos, a más de que también he escuchado las voces de algunos de sus seguidores, por lo que he apreciado la diversidad intelectual y anímica de un hombre hecho de equívocos y equilibrios, humano y único por esto mismo.

² Los poemas aquí citados han sido consultados en *Recolección a mediodía*. Colección Biblioteca paralela. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1980. En dicho volumen recopiló el poeta todos los poemarios que había publicado para ese entonces.

Cuando estabas chavalito celebramos
tus gracias y vaivenes; de hombrecito
tu ingenioso buen gusto y osadía.
Ahora que utilizas tu Cervantes,
tu francés, tu Péguy, todo lo que antes
aprendiste, oíste y has escrito
en alabanza de la tiranía,
deja que celebremos tu delito.

El poeta constata que el idioma de las tiranías es un ardid porque está inmóvil, mientras que la esencia del lenguaje humano libre estriba en la movilidad del intelecto y de las emociones. Lenguaje hecho de contradicciones que, sin embargo, son las que clarifican las intimidades del alma humana, como nos muestra la segunda endecha de “El río”:

Entre lo incesante y lo discontinuo,
entre lo inmutable y lo pasajero,
permanezco. Entre una
luna opaca y un corazón que tiembla,
entre una verdad que hierde y una
mentira que satisface, ahí es donde
perpetuamente oscilante, verdadero
encuentro mi ser ahora. No es verdad
que no pueda estar alegre —¿no se hizo
el mundo para mi boca? Pero me quedo
donde la entusiasmada, enloquecida
palabra de este mundo reina,
y me desdigo, y pierdo.

Si el ardid social se dilucida porque evidencia su agarramiento, la claridad en cambio devela sus anhelos y secretos mediante la insinuación que dice todo y nada, pero que nos hace cómplices de su felicidad inconfesa. Es la afirmación retadora de “Sobremesa”, poema de *Contemplaciones europeas*:

Una mancha de vino en el mantel me
recordó París, unas horas que nadie
me podrá disputar mientras viva.

Versado y ejercitado en el uso de la palabra, Mejía Sánchez no buscó, sin embargo, convertirse en orfebre del discurso poético, sino que reivindicó su derecho a ser hablante de la calle, que a la vista de sus errores y limitaciones no se envanece ni se avergüenza, y tan sólo pregunta, responde o argumenta, según como se desenvuelve el día. De esta convicción de ser uno del común y por tanto único surge la “Filología callejera”, poema en prosa inspirado en una anécdota relatada por Alfonso Reyes:

Venirme a mí que soy de Toro, hijo de las Leyes de ídem,
ca hombre, a decirme que Atlántico se pronuncia a la
manera azteca, con *te-ele*, no faltaba más, cuando sabe-
mos por la sangre que siempre se ha dicho A-lántico,
A-las, o Ad-lántico, Ad-las, si queréis ser relamidos como
sois. Ignorantes, mastuerzos, que no sabéis de la misa la
media ni el trueque de sibilantes en antiguo español,
nada de la *erre* y la *ele* implosivas ni de la caída de la *de*
intervocálica.

Es innegable que en la obra poética de nuestro autor abunda la precisión en el manejo de la palabra, que evidencia el disfrute del escritor por la pulcritud discursiva, pero no hay que confundir esta predilección con la timorata literatura emperifollada por la que se inclinan ciertos escritores que se imaginan “exquisitos”. El discurso poético de Mejía Sánchez se sustentó tanto en el conocimiento profundo del idioma como en la admiración por el habla popular y su destreza para reinventar la lengua mediante metáforas, jitanjáforas, neologismos y otros recursos lingüísticos, liberados de su carga académica. Así son los rostros nicaragüenses que asoman en “Apunte en la embajada”, texto en que saluda entre burlón y serio el mestizaje del español con

el indígena y con el negro, lo que identifica, a pesar de la repugnante pero aún vigente ideología racista, al país y sus naturales:

Veo a los nicaragüenses malhablados, hijos de mona y guardia, negros, renegridos, morenos, morados, morochos o morunos y murrucos, hablando francés, francés cercopithéque —porque antes creíamos los del Centro que éramos más o menos blancos, cara blanca, *cebus albifrons*, pues no visitamos las afueras— y ahora, afuera, de lejos, te vemos, tierra, como sos.

Ciudadano de Nicaragua y de México, natural por derecho propio de ambos países, Mejía Sánchez recibió de sus dos naciones la riqueza de las hablas populares, mismas que asimiló de manera a un tiempo rigurosa y festiva, porque el habla del común sólo puede comprenderse cuando la escuchamos y la sentimos en su multiplicidad, en la claridad de sus ardidés y en el ardid de sus claridades. Nicaragua y México le otorgaron al poeta el derecho de crearse y recrearse por medio de la diversidad del idioma que se dispersa en fragmentos para renovarse y conservarse, para pensarse y realizarse. Es el idioma en que está escrita la “Historia breve y verdadera del perro mexicano”, pieza maestra en que Mejía Sánchez celebró la succulenta y caudalosa composición del idioma, así como en estas líneas he querido, y acaso logrado, aplaudir la obra y el legado de este poeta, narrador y ensayista, hombre de dos mundos que son muchos mundos:

Todo cierto, menos que éramos mudos. Lo que pasa es que ladrábamos sin erre y ellos no sabían oír nuestros delicados sonidos: *sh, sh, sh*, ni las *te-ele: tl, tl, tl*. Luego vino el de Alvarado echando putas y culebras la Noche Triste y nosotros chupando pulquito curado de Luna Llena, que nos llegó la matazón. Algunos nos salvamos en La Merced y cuando la primera virreina trajo la perrita española, ahí está que a cojé, a cojé, y aquí estamos. ¿Nagual yo? Ni mother. 